



CUERNO DE IMAGEN

MARCO ANTONIO MEJÍA TORRES

Caldas, Antioquia.
Egresado de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Pontificia Bolivariana

Seudónimo: Nigromanto



16

Cuerno de imagen es la proyección de una ambigüedad. Tiene la forma de un sincretismo entre el ensayo y la crónica. No abriga un propósito diferente al de una sensibilidad estética. Aproximar la visión de un texto literario a su imagen en el contexto de nuestra realidad justifica el recurso. Tengo la certeza de no haber esforzado un diálogo. El autor y su obra sirven a una óptica destinada a encontrar un eco en historias personales. No hay ficción en ellos. Esta

interpretación no es ajena al rigor de la lectura, tampoco a la reflexión esencial sobre la escritura, no obstante la síntesis y la omisión de citas en favor de liberar el estilo que compromete el género del ensayo. La identificación de las imágenes propuestas no son invisibles. En nuestro caso su reconocimiento es puesto en creaciones de la literatura latinoamericana o en sus espejos mirados en las historias personales. Sé que muchos habitan en ellas.

EL AMOR

UNO

Puede parecer riesgoso afirmarlo. In-sólito como esa manera de vomitar conejos. Imposible como ese suéter que termina por ahorcarnos. Inadmisibles como esas fuerzas que se toman la casa. Pero es que las cosas aparentan ser otra cosa y a fin de cuentas son eso realmente. La gran novela de amor de la literatura latinoamericana debe ser Rayuela. Esta opinión es altamente objetable por diversas razones, y vale la pena apostar por ella.

El amor es extraño, lo ha sido siempre. Ocupa el puente del obrar humano, no se llega a lugar alguno sino se le cruza. Se muere de amor porque no se puede vivir sin amar. Cada época lo inventa y lo imagina a su modo: el trovador medieval lo idealiza, Shakespeare lo nombra inmortal, Tolstoi lo hace humano y realista. En ellos encontramos ese algo universal que todo amor tiene y tomamos conciencia de nuestro amor diferente, el amor va con los hombres y con sus cambios. La ingenuidad romántica de Efraín y María no refleja la pasión de nuestro tiempo. Más cerca está el desencuentro de Yvonne y el cónsul según el evangelio amoroso de Lowry en el volcán mexicano, pero no es ésta en verdad una novela latinoamericana

Rayuela interpreta las contradictorias versiones que tenemos de vivir el amor.

En esta novela laberíntica que desafía la imaginación se propone un juego en el que los jugadores (protagonistas y lectores) alcancen el cielo perdiendo o ganando las opciones de ser feliz. El salto por los capítulos-casillas conduce al alivio o al abismo, no importa, el placer es lo experimentado en cada prueba. Oliveira ama y no ama a la Maga. Igual ella, viven para eso: dar y quitar. Como en el amor romántico se sufre con los sentimientos de juego, desdén, indiferencia, desenfado. Lo distinto está en la ambigüedad de la posesión, darse no es pertenecer, solo es tener la primera opción. La meta no es en todo caso el amor absoluto, así emerge la parábola de Cortázar, el cielo se gana por lo vivido aunque se llegue allí con la derrota a cuestas.

Algo así refleja nuestra imagen del amor. Se le encuentra y se le tiene y sin embargo se le sigue buscando. Como en la rayuela, está en cada salto y a cada salto se aleja. Queremos llevarlo más allá y es en vano porque él también es imagen del silencio, de la soledad, de las palabras y de la muerte que nos pertenecen. Oliveira lo sabe, toca amar con lo que se tiene, aunque sea con el desencuentro. Haber amado es todo.

DOS

El amor vino también con la irrupción de una generación que se enfrentó a viejas estructuras. La ruptura era in-

minente. Revolución y choque. Mayo del 68. La universidad que se politiza. El Rock. Los cantautores. Los intelectuales que se van al monte, los que se van a París. La bohemia. Los viajes alucinógenos. Latinoamérica descubierta en su literatura. El cine de autor. La desobediencia a las normas. La irreverencia artística. El discurso pacifista. Las cartas cruzadas de un país a otro. Los amores lejanos. De todo eso se impregna el amor. Este sentido amoroso no se parece a las normas, amor textual, intelectual, extensión de un poema, de una novela, de la realidad cruda, de la revolución, del "Sin Aliento" de Godard o de vidas de otros, de referentes idealizados, Miller, Lowry, Joyce, Durrel, Dalí, Picasso...

Pasado el tiempo de esa generación queda esa experiencia del amor que dejó a muchos realmente perdidos, cansados, solos. Amores de vino en viejos odres que ahora apenas sí son un recuerdo. Amores rotos que vieron esfumarse el sueño utópico que los creó. Amores hoy ya extraños pero que ayer fueron prototipo de pasiones que parecían no tener fin. Rayuela no es seguramente la novela clásica que dirá el amor a esta generación que está en nuestros pasos. Es la gran novela de amor de una generación en Latinoamérica que por primera vez universalizó tanto el amor y le dio una identidad sin fronteras. Lo digo de una manera personal, creo haberlo vivido así. Yo también tuve a la Maga.

EL DESARRAIGO

Al último Onetti lo atrapó una fotografía en el lecho, negándose obstinadamente a dejar las fronteras de un apartamento en Madrid, dispuesto a neutralizar el espacio para no sentirse en un país europeo. Olor a whisky en las palabras y huellas de las cenizas en las sábanas. Tal vez así lograba sentirse como un ciudadano de su imaginada Santa María, aquella ciudad que Dios no pudo concebir y que encargó a Brausen a fin de que el fracaso tuviera un sitio en este mundo.

Fundada con las señales del destierro del paraíso, la ciudad emerge como un empresa absurda e insensata y diseñada sobre los sueños del alma humana. Santa María le dicen. Se le ve después de cruzar la bruma de nuestra realidad. Un puerto cerca a la desesperanza y a la ensoñación. Limita con todas las posibles ciudades latinoamericanas, pero no es ninguna de ellas, de pronto sí, la síntesis de todas. En ningún otro escenario era factible darle vida a la selva humana de sus personajes. Allí hay uno para el cual toda empresa es un intento perdido, allí hay otro entregado a la fatalidad, hay quien está desterrado de sí mismo o quien se consume en la desgracia, la tristeza, el desamparo. Son estos los componentes de una arquitectura del espíritu que le da consistencia a la cotidianidad. Los pla-

nos del alma, diríamos, para definir su estructura. La ciudad en sí no existe, más bien la condición humana que le da su sentido de sopor, aporta el suceso y la aventura. Uno encuentra que la realidad se atomiza y los espíritus atormentados se reconcilian indefensos ante el destino impuesto por esa ciudad cuya única evidencia es la imagen que los habitantes mismos hacen de ella. Valga decir que la felicidad tiene su manera, no al modo azul o rosado, está mimetizada con la dureza y las frustraciones. Convive con el vacío. ¿Son así las ciudades de nuestro continente: espectros de una falsa idealidad, proyectos fatuos y a la deriva?

Nombramos la ciudad y lo posible es el conjunto urbano donde viven y mueren los hombres. Esas, las ciudades que despertaron un día aquí y un día allá a lo largo de América Latina, definen una noción física, que llega a nuestro continente con un sentimiento ajeno. Los complejos parajes del paisaje desafiaban el temor de los colonizadores. Descifrar los códigos de su inmensidad, penetrar en su sensualidad, cohabitar con su voracidad, sobrepasaba la intención de una empresa cuyo fin no era asimilar la imagen de la naturaleza americana. La conformación de la sociedad se resuelve imponiendo la lógica europea sobre esta geografía imposible, conjurar el misterio avasallante trasponiendo un ambiente presuntamente inofensivo como defensa ante los imponderables peligros que acechan desde la

vorágine espacial. Volver comprensible esa abundancia de flora, fauna, mar y cielo. A su modo lo hicieron. Perdido el escenario original, el progreso ocultó las carencias. Las ciudades siguieron su curso. A veces como espejo de la sociedad mercantil, a veces como proyección del artificio idealista de la modernidad, a veces como una empresa irreal y finalmente con la soberbia de las metrópolis. Están ahí y en ellas habitamos. Y sin embargo tenemos la duda ¿se construyeron las ciudades para nuestra manera de ser? ¿Cobijan nuestros sueños y aspiraciones? ¿Incluyen aquello que desapareció cuando cubrieron el paisaje? Al nombrar o al escuchar el nombre Latinoamérica ¿qué imagen llega a nuestro pensamiento? ¿Un conglomerado de ciudades? ¿Una inmensa región múltiple, contradictoria, escenario de infinitas formas de soledad, amor y muerte?

Onetti ha puesto el universo de Santa María entre el mapa de nuestro continente y el juego de su literatura. Esa curiosa conformación de un mundo imperfecto no pretende ser una imagen de nuestras ciudades. Identificar las similitudes con Montevideo o Buenos Aires no soluciona el enigma de fondo que persiste en la ensoñación de los samaritanos, su existencia anhela un lugar perdido del cual han sido expulsados. La sociedad urbana que nos fue dada arrebató a su vez un territorio a nuestro ser, por eso los hombres de nuestro continente no crecieron según

el ritmo ordenador de las ciudades, habitaron en ellas con la mirada puesta en la frontera de la imaginación, desde allí transitan por construcciones oníricas donde se acomoda la nostal-

gia del paraíso. Como los personajes de Onetti, edifican el desarraigo y deambulan en lo que pudo haber sido y no fue: la ciudad trazada con nuestras formas de ser.